



El nombre del mes, junio de 2021

Francisco Brines

El pasado día 20 de mayo falleció el poeta valenciano, una de las voces más singulares y elegantes de la poesía española contemporánea.



La voz de Francisco Brines, sincera, intimista, refugiada en la memoria de la plenitud perdida, se apagó el pasado 20 de mayo para siempre. El poeta valenciano, el último de la generación del 50, Premio Cervantes 2020 y uno de los mayores autores en lengua castellana, se marchó, a los 89 años de edad, dejando un legado único, una obra creada desde la tranquilidad de su paradisíaco paisaje y refugio familiar, en Elca, Oliva (Valencia), con el Mediterráneo de telón de fondo.

Brines fue uno de los referentes más destacados de la poesía intimista de la posguerra, en el grupo del que formaban parte otros como Barral, Caballero Bonald, Gil de Biedma, Ángel González, José Agustín Goytisolo, Félix Grande, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún y José Ángel Valente.

Admirador de la obra de Gonzalo de Berceo, César Manrique y, especialmente, de su querido Ausiàs March, Francisco Brines ha logrado convertirse con el tiempo en un poeta fundamental de la lengua castellana merced a una poesía que habla del paso del tiempo, de la experiencia de la niñez y del amor; con la figura de una madre que emerge en ocasiones como figura totémica en su vida. "Las madres suelen cobijar las extravagancias de los hijos y entonces que aceptara en el asentimiento lo que yo hacía, que era poesía, indicaba que estaba en lo cierto", aseguraba recientemente el poeta.

Aquel verano de mi juventud

*Y qué es lo que quedó de aquel viejo verano
en las costas de Grecia?
¿Qué resta en mí del único verano de mi vida?
Si pudiera elegir de todo lo vivido
algún lugar, y el tiempo que lo ata,
su milagrosa compañía me arrastra allí,
en donde ser feliz era la natural razón de estar
con vida.
Perdura la experiencia, como un cuarto cerrado
de la infancia;
no queda ya el recuerdo de días sucesivos
en esta sucesión mediocre de los años.*

*Hoy vivo esta carencia,
y apuro del engaño algún rescate
que me permita aún mirar el mundo
con amor necesario;
y así saberme digno del sueño de la vida.
De cuanto fue ventura, de aquel sitio de dicha,
saqueo avaramente
siempre una misma imagen:
sus cabellos movidos por el aire,
y la mirada fija dentro del mar.
Tan sólo ese momento indiferente.
Sellada en él, la vida.*